



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TITULO: **Subjetividad: Seis ensayos, de Joachim Ritter [*]**

AUTOR: *Angélica Fierro Briseño [**]*

TRADUCTOR: Rafael de la Vega.

SECCION: Reseñas

TEXTO

Si bien diversos por su temática particular y separados por las fechas en que cada uno fue escrito, los seis ensayos de que consta este libro están vinculados entre sí por el abordamiento, mediato o inmediato, de la subjetividad como problema específico de las sociedades industriales modernas, aunque su prehistoria se remonte al nacimiento de la libertad en la polis griega. Nos dice el autor que el desgarramiento entre el hombre, en su ser para consigo mismo y el mundo exterior reificado como objeto, sólo puede aparecer en toda su realidad allí donde el encanto ha abandonado al mundo y sólo tiene por último refugio al corazón del hombre. Sólo donde la sociedad convierte al templo en piedra y a la arboleda en leña, o donde se desecha a la religión como ideología o superestructura, es posible que aflore la subjetividad como fundamento de la verdad, la fe y la belleza. Ciertamente, el concepto que subyace al término "sociedad" en este contexto discrepa del que predomina en ámbitos académicos como el nuestro, donde sociedad incluye al grupo y su cosmovisión. Ritter, por el contrario, circunscribe este concepto a lo que ahora se acostumbra denominar el "sistema económico y político-administrativo", junto con todo aquello que es capaz de generar por sí mismo y de manera necesaria, por ejemplo, el carácter objetivamente de las disciplinas empírico analíticas y en general los sistemas de acción racional con acuerdo a fines. Dicho concepto no es, sin embargo, meramente especulativo, sino que está dado en la experiencia de las sociedades modernas. La tesis central de Ritter es que dicho concepto y la realidad que le subyace, excluyen de su campo vital a la subjetividad misma negándola. Sin embargo -y aquí radica la paradoja-, sólo en estas condiciones puede la subjetividad existir. Es por ello que la misma aparece como "lo otro" a lo que se le exige justificar su existencia, pues dicha justificación no parece darse de manera inmediata ahí donde la utilidad se convierte en rasero de lo real.

El problema de la génesis de la subjetividad, en sus promesas y amenazas, es analizada en el primer ensayo: "Subjetividad y sociedad industrial. Sobre la teoría hegeliana de la subjetividad" (1961). Este ensayo es un alegato en favor de Hegel y en contra de los prejuicios que han perseguido su obra por considerarla un intento de disolución del individuo. Por el contrario, para Ritter, sólo con la filosofía hegeliana la subjetividad es llevada a su concepto sin caer en el callejón sin salida al que la condujeron las filosofías de Kant, Fichte y Schelling, por un lado, y el romanticismo irracionalista por el otro, que se negaban a ver, en el reificado mundo exterior, la conducción de existencias de la libertad del individuo y, por ende, su subjetividad.

Para Hegel, la subjetividad -es decir la relación del individuo consigo mismo- nace con la libertad en Grecia. pero se trataba de una libertad sólo de algunos, pues a su lado y en convivencia con ella está la esclavitud; es, pues, una "flor casual, no elaborada, efímera y

limitada". Sólo con el cristianismo vendrá la conciencia de que el hombre es libre en cuanto hombre y de su valor infinito. Con el protestantismo y las filosofías subjetivas alemanas, dicha conciencia será llevada al yo íntimo del individuo, elevada a su concepto positivo y puesta como fundamento del derecho y del Estado, cosas que, por su lado y a su manera, hacia también la revolución francesa. La importancia de este movimiento filosófico radica precisamente en que él no es un eco ni el puro reflejo de un movimiento "estructural", pues la sociedad moderna -en la acepción a la que ya hemos hecho referencia- no es capaz de sacar de sí misma, concluye Ritter, el concepto positivo del hombre que se encuentra en su base.

Este movimiento filosófico es continuado hasta nuestros días y ha dado lugar al intento por fundar una antropología filosófica. Precisamente al estudio de ésta se aboca el autor en el ensayo intitulado "sobre el sentido y los límites de la teoría del hombre" (1933). En él, Ritter destaca la importancia creciente de la antropología en nuestra época, pero considera que sus productos han sido fallidos. Dos son las vertientes principales de estos intentos: por un lado, la que representa Schiller y por otro, la ligada a Heidegger. Ambas son opuestas en su metodología. La primera, parte de los resultados de la ciencia y su tarea consiste en una presentación sistemática de los mismos, pero hasta aquí no ha aportado nada nuevo, y en cuanto trata de hacerlo se traiciona a sí misma y cae en la trampa metafísica. La segunda, por el contrario, parte de un decisionismo metacientífico respecto al ser del hombre para descender después al conocimiento experimental de las ciencias particulares. Pero ello requiere de la subordinación de la ciencia a una decisión existencial que escapa a la investigación científica misma. El problema en ambos casos es entonces, que la filosofía, si quiere ser autónoma, no puede sino romper con la ciencia y volverse metafísica. Ritter, por el contrario, plantea la necesidad de un camino alternativo que de a la filosofía una función específica que, empero, no consista en nada que escape al control experimental ni la reduzca a un mero acompañamiento improductivo. La puerta de escape que le queda es, ante el peligro de la metafísica, convertirse en crítica: "La fundamentación científica y experimental de nuestro conocimiento del mundo y del hombre, universal y continuamente ampliable, es la meta por la que ha luchado la filosofía clásica en contra de la metafísica. Si se quiere determinar la importancia vital de la filosofía, veremos que sólo puede consistir en el aseguramiento, como todo pensamiento especulativo, místico y subjetivista, del sentido del conocimiento objetivo, de la claridad racional, y en la ampliación de nuestra experiencia científica."

Ahora bien, aquello que la sociedad moderna deja fuera de sí y descalifica como inexistente no puede menos que hacerse presente, pero lo hace de maneras peculiares. Ritter nos ofrece dos ejemplos en sus ensayos "sobre la risa" (1940) y "poesía y pensamiento" (1945). La seriedad y el pragmatismo producen sus contrarios, que por inexistentes, aparecen de peculiar manera: como síntoma, en el caso de la risa, o como algo inútil e irracional, como la poesía. La risa -fenómeno estrictamente humano, pues ni los dioses ni los animales se ríen- se revela como el efecto de la irrupción actual de una premisa empero siempre latente: aquello que lo serio y lo decoroso declaran como lo otro inexistente y sin sentido y que, sin embargo, en este acto torna visible su pertenencia a la realidad vital que lo excluyó de su ámbito. La poesía, por su parte, no hace sino recobrar los significados olvidados por el lenguaje de los ordenamientos racionales que sólo considera verdadero lo útil. La poesía recobra así la existencia del "dios del río" o la cercanía del tejado. "Es un signo de la época el que los hombres, para encontrar los significados perdidos en un mundo donde la utilidad y el pragmatismo se aprestan a dominar su pensamiento, sean orientados por la poesía."

En el espacio de las ciencias, se produce un fenómeno semejante: es precisamente en la época moderna donde las ciencias del espíritu, que en cierta forma retoman las anteriores

tareas de la "teoría" pura, que no tiene intereses pragmáticos, se afirman y alcanzan incluso carácter institucional. ¿Cómo explicar esta paradoja, que implica aceptar la necesidad de un conocimiento de lo que la misma sociedad considera inexistente? La respuesta no es diferente a la de los casos anteriores: estas ciencias sólo podían nacer en el suelo de una sociedad que en su reificación se desacompleta manteniendo fuera de sí su producto peculiar: al hombre y su vida interior. Estas ciencias son elaboradas porque la sociedad requiere de una compensación que mantenga vivo el mundo espiritual del hombre que ella ha expulsado.

Un hermoso ensayo final estudia el origen del "paisaje" (1962) como forma peculiar de vivir el hombre su relación con la naturaleza que le rodea. Esta noción, contra lo que piensa el sentido común, requiere, al igual que las ciencias del espíritu, de un suelo nutricional que, empero, a primera vista se revela como su opuesto. Paisaje no existe, en primer lugar, para los antiguos, cuya relación con la naturaleza se reduce a considerarla o bien como puro medio de producción o bien como objeto de reflexión teológica. Tampoco existe para la mirada moderna cuando ésta es la de las ciencias naturales, que convierte a la naturaleza en realidad física o química. Sin embargo, es en este contexto donde puede surgir la peculiar mirada que da lugar al paisaje. El paisaje pertenece a la sociedad moderna. La reconciliación con la naturaleza que procura el goce estético de la naturaleza, cuando es vista bajo esta forma, sólo es posible cuando la sociedad se ha separado de ella domeñándola.

Sin duda, ahora que los temas del individuo y la modernidad van ganando terreno en la mesa de discusión, un texto como éste, que es producto de una reflexión sostenida y que llama la atención sobre el nexo imprescindible entre sociedad e individuo, "sistema" y sujeto, reificación y libertad, puede prestar no poca ayuda como prevención contra los intentos de una vuelta a una supuesta situación previa donde pudiera existir el individuo sin menoscabo de su subjetividad, gracias a la supresión de los sistemas de acción regidos por una racionalidad instrumental. Igualmente, el punto de vista aquí expuesto puede funcionar como cuestionamiento a todo intento de subsunción definitiva del individuo al sistema.

CITAS:

[*] (1986) Editorial Alfa-Laia, Barcelona. Traducción de Rafael de la Vega.

[**] Estudiante de la licenciatura en Sociología, UAM-A.